

12. El llamado a permanecer firmes

Efesios 6:10-20 – Primera parte

El general George Washington sabe que el enemigo lo supera en hombres, armamento, entrenamiento y clase. Sin embargo, decide hacer marchar a su ejército por las calles de Filadelfia, en un intento de exhibición de fortaleza. Para que esta estrategia sea eficaz, necesita que el Ejército Continental parezca lo más inteligente y poderoso posible. Por ello, exhorta a sus hombres a seguir el ritmo del cuerpo de pífanos y tambores que acompaña a cada brigada, a caminar con elegancia y al compás, “sin bailar al son de la música ni hacer caso omiso de ella, como ha ocurrido con demasiada frecuencia”.

Mientras imagina el acontecimiento y las reacciones de los ciudadanos de Filadelfia, el general da una directiva más. Ordena que cada soldado de sus tropas lleve una ramita verde en el sombrero o en el cabello. ¿Por qué? Por un lado, proporcionará un toque de simetría a las tropas vestidas con una amplia gama de trajes raídos. Y lo que es más importante, esa ramita verde constituye un símbolo de victoria. Washington desea transmitir el claro mensaje a los ciudadanos de Filadelfia que lo observan de que, cualesquiera que sean sus deficiencias o carencias, su ejército es un ejército seguro de sí mismo que marcha en un desfile victorioso. Así, el domingo 24 de agosto de 1777, mientras el Ejército Continental recorre las calles de la ciudad de Filadelfia, todos los soldados que lo conforman llevan una ramita verde en el cabello o prendida en el sombrero. ¡Se respira la victoria!⁴⁷

Casi doscientos años después, el especialista en Nuevo Testamento Markus Barth propone una interesante interpretación de la orden de Pablo a

los creyentes de “tomar el yelmo de la salvación” (Efe. 6:17): “Lo más probable es que esté pensando en un ‘yelmo de la victoria’, que es más ornamentado que un casco de combate y demuestra que se ha ganado la batalla”.⁴⁸ La idea fue rápidamente descartada por los eruditos, que se preguntaban: “¿Tenían los soldados romanos cascos de victoria?”

Entonces, en el año 2000, se produjo un fascinante descubrimiento por parte de arqueólogos aficionados en una fosa cerca de Hallaton, Inglaterra. Lo que al principio parecía una masa de hierro corroído y cubierto de barro resultó ser los restos de un casco militar romano profusamente decorado. Esos restos se convirtieron en el centro de un enorme esfuerzo de reconstrucción que duró once años, la “microexcavación, estabilización y reconstrucción” de cientos de fragmentos en un “rompecabezas tridimensional”.⁴⁹ La oxidada reconstrucción resultante se expone ahora en el Museo Harborough de Market Harborough, en Inglaterra. Una representación artística muestra el casco romano del desfile de la victoria, probablemente fabricado entre los años 25 y 50 d.C., recubierto con una lámina de plata y decorado con pan de oro. Ornamentado con una corona de laureles, presenta en su frente una diosa flanqueada por animales. En una de las carrilleras laterales, se puede ver a un emperador romano que cabalga, con la diosa Victoria volando cerca, mientras una cautiva se acobarda bajo los cascos del caballo.⁵⁰

Si la propuesta de Markus Barth, apoyada por los descubrimientos arqueológicos, es correcta, Pablo pide a los creyentes —el ejército de andrajosos, que a los ojos humanos es el que lleva las de perder en la lucha que se avecina— que hagan algo extraño. Al entrar en acción, no deben llevar el típico y destartalado casco de combate, sino el caro, adornado, prístino y reluciente casco que suele guardarse cuidadosamente en el

cuartel, a la espera del desfile de la victoria. ¿Por qué? Es una señal de confianza en su Comandante y en los recursos que él ha proporcionado para asegurar la victoria. Antes de la victoria final, deben celebrar por adelantado el gran triunfo que les espera.

¿Es Efesios 6:10 al 20 un añadido?

En Efesios 6:10 al 20, Pablo, como un general militar, entra en el campo de batalla del Gran Conflicto y nos insta a protegernos con “toda la armadura” (en griego, *panoplia*) de Dios mientras luchamos por el ya victorioso Rey Jesús. Dada su poderosa retórica militar, podríamos llegar a pensar que el pasaje es independiente, sin relación con el resto de la carta. ¿Podemos leer Efesios como un bosquejo dramático del Gran Conflicto? ¿Está Pablo, en Efesios 6:10 al 20, recapitulando los temas de la epístola y llevando a una conclusión satisfactoria el cuadro del conflicto cósmico entretejido a lo largo de la carta?

Casi al principio de Efesios, Pablo describe lo que sucedió tras la muerte y la resurrección de Jesús: Dios “lo sentó a su diestra en los cielos sobre todo principado, autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo sino aún en el venidero” (Efe. 1:20, 21). Aunque esa gran escena está oculta a la vista humana en este momento, se revela a través del evangelio. Los creyentes han sido elegidos en Cristo “antes de la creación del mundo”, introducidos en el drama del Gran Conflicto para llevar a cabo el gran plan de Dios para el universo: reunir “en él [Cristo], bajo una sola cabeza, todo lo que está en el cielo y lo que está en la tierra” (vers. 3-5, 10).

Esta lealtad nueva y total al exaltado Rey Jesús los pone inevitablemente en oposición con las cosas de la Tierra, donde el “príncipe de la potestad del aire”, el diablo, domina a “los hijos desobedientes” (Efe. 2:2), y donde los

gobernantes, las autoridades y los poderes que se han rebelado contra Dios (Efe. 1:21) pretenden estar al mando. Los creyentes descubren que son un ejército desvalido en una guerra aparentemente desigual contra todas las fuerzas del mal. Dado que su guerrero campeón, Pablo, es ahora prisionero de guerra, a él le preocupa que los creyentes “desmayen” (Efe. 3:1, 13). Por eso, escribe Efesios como un manual de batalla para su vacilante ejército, revelando los recursos que Dios ha puesto a su disposición. Entre ellos, se incluye la información de lo que sucede tras bastidores (por ejemplo, Efe. 1:8-10, 19-23), una recompensa eterna ya pagada para los soldados fieles (vers. 11, 12) y el Espíritu Santo, quien garantiza esa recompensa con su presencia entre ellos –“hasta que llegemos a poseerla” (vers. 13, 14)– y concreta “la incomparable grandeza” del poder de Dios entre ellos (vers. 1:19; cf. 3:13-21).

En sus batallas actuales, deben recordar la extraña victoria de Jesús, que murió para vencer en el escenario cósmico. Su muerte, mediante la cual arremete contra la ciudad de las tinieblas y derriba su “muro de hostilidad” (Efe. 2:14, NTV), da lugar a un tratado de paz que beneficia a los creyentes, que se convierten en “conciudadanos con los santos” (vers. 19). La victoria de Cristo por medio de la muerte es tan importante que se conmemora – como ocurría a veces en la antigüedad– con la construcción de un templo para celebrarla, un templo en el que los creyentes “son edificados juntos, para la morada de Dios mediante el Espíritu” (vers. 20-22).⁵¹

Pablo considera a la iglesia, creada por Dios a partir de diversos grupos de la raza humana, como una “nueva humanidad” (vers. 15, NVI). En el conflicto cósmico, la iglesia practica la reconciliación de Cristo en lugar de la discriminación inspirada por los poderes malignos, marcando el inicio del plan definitivo de Dios de unir todas las cosas en Cristo (Efe. 1:9, 10). El

papel de la iglesia en el Gran Conflicto es revelar “la multiforme sabiduría de Dios” al proclamar frente “a los principados y potestades de los cielos” que, aunque el ejército cristiano pueda parecer escaso de soldados y de armas, está destinado a la victoria, mientras que la destrucción de los poderes malignos está en marcha (Efe. 3:10).

Tras haber comenzado la primera mitad de la carta destacando la exaltación de Cristo (Efe. 1:9, 10, 20-23), Pablo inicia la segunda mitad de la misma manera, citando el Salmo 68:18: “Cuando subió a lo alto, llevó cautivos consigo, y dio dones a los hombres” (Efe. 4:8). Cristo, al comportarse como lo hacen los generales victoriosos cuando ascienden en un desfile de victoria hacia sus capitales, “dio dones a su pueblo” (vers. 8). Dio apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros con la intención de ayudar a los creyentes, como cuerpo de Cristo, a estar unidos, fuertes y maduros, en condiciones de pelear (vers. 11-16). Luego detalla cómo debe ser el comportamiento unificador (vers. 17-32), deseando evitar darle al diablo cualquier oportunidad en la lucha (vers. 27) mientras batallamos con la mirada puesta en “el día de la redención” (vers. 30).

A lo largo de la última mitad de la carta (Efe. 4-6), Pablo plantea que los creyentes deben comportarse como soldados del Señor Jesús, “solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efe. 4:3). Como hemos visto en Efesios 5:1 al 20, Pablo brinda instrucciones para el campo de batalla en el tiempo del fin a los combatientes del Gran Conflicto (ver la tabla que se encuentra al comienzo del capítulo 9). El uso exhaustivo que hace Pablo de los temas de la “preparación para la batalla” –estar alerta y despierto; abandonar las obras de las tinieblas, la inmoralidad sexual y la embriaguez; hablar de manera que propicie la unidad, y practicar la oración– nos invita a leer el subsiguiente “código doméstico”, Efesios 5:21

a 6:9, como una invitación a los creyentes a aplicar su lealtad como soldados de Jesucristo a sus relaciones dentro de la familia. Siguiendo los ejemplos de Jesús (Efe. 2:14-17; 4:20-24) y Pablo (Efe. 3:1-13), los creyentes demuestran que “entre el nuevo pueblo de Dios no hay lugar para el control, la dominación, la manipulación o la explotación. Más bien, el respeto y el servicio mutuos han de ser la norma”.⁵²

Al leer Efesios como un esbozo dramático del Gran Conflicto, encontramos “una estructura narrativa estrechamente entrelazada que está conducida por el modelo de la guerra divina”.⁵³ Descubrimos que, en la exhortación de Pablo a luchar la batalla, Efesios 6:10 al 20, vuelven a aparecer los grandes temas de la carta: encontrar el poder en la comunión con el Señor Jesús; enfrentarse a los poderes malignos con la fuerza de Dios; mantenerse unidos y firmes, equipados con los dones divinos de la verdad, la justicia, el evangelio, la paz, la fe, la victoria y, especialmente, el Espíritu; todo ello, acompañado de la oración que Pablo ha explicado tan minuciosamente (Efe. 1:3-14, 15-23; 3:14-21). Se puede oír un urgente

llamado a la creatividad redentora por parte de la iglesia, a ejercitar enérgicamente nuestra imaginación para idear estrategias creativas de cruciformidad [reflejo de la abnegación de Cristo en la Cruz] que subviertan las corrupciones de los poderes malignos y abran oportunidades para que Dios actúe con poder.⁵⁴

¿Y la “guerra espiritual”?

Puesto que Efesios 6:10 al 20 resume y concluye acertadamente la carta de Pablo a los efesios, ¿cómo debemos entender su detallada metáfora militar? Este pasaje suele considerarse uno de los más importantes de la Biblia sobre la “guerra espiritual”, entendida como la lucha directa contra los espíritus malignos que se han apoderado de alguien. ¿Qué dice este texto sobre el “ministerio de liberación”?

Por un lado, dice sorprendentemente poco. Sí describe el profundo compromiso de los creyentes que se oponen, en el poder de Dios, a los “espíritus malignos” (vers. 12), “luchando” contra ellos (vers. 11, 12) e incluso rechazando los ataques directos y feroces del propio Satanás (vers. 16). Sin embargo, Pablo hace hincapié en la generosa provisión de Dios para la victoria mediante su misma presencia y el armamento de su verdad, su justicia, su paz, su fe, su salvación y el Espíritu.

Si Efesios 6:10 al 20 es la piedra angular de la carta, vemos que Pablo ya ha especificado anteriormente las formas en que podemos “vestir” esta armadura. Por ejemplo, lo hacemos evitando “toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia, y [...] toda malicia” (comportamientos que uno podría esperar de soldados ordinarios) y siendo, en cambio, “benignos, compasivos unos con otros, perdonándose unos a otros” (Efe. 4:31, 32).

Pablo no describe de forma específica lo que tendría que ocurrir si un soldado cristiano abandonara el puesto de servicio, se uniera a la fuerza contraria y fuera poseído por espíritus malignos. Sin embargo, Efesios 6:10 al 20 sugiere importantes principios e ideas que deberían orientar los esfuerzos por recuperar a estos soldados poseídos: confiar en el Señor (en lugar de depender de nuestro propio poder espiritual para rescatar a los cautivos de Satanás), reconocer la necesidad de las provisiones de Dios para la batalla, confiar en la victoria completa de Cristo (¡usar el yelmo de la victoria!), solicitar y confiar en la presencia del Espíritu (vers. 17, 18), y reclamar las promesas de Dios (“la palabra de Dios” [vers. 17]); todo ello, expresado mediante la “oración y ruego” a Dios, confiando en el poder del Espíritu para transmitir, interpretar y ampliar nuestras peticiones en favor de los oprimidos (“Oren en el Espíritu, en todo tiempo” [vers. 18; cf. Rom. 8:26, 27]).

Existe una afirmación de C. S. Lewis sobre los “demonios” que se cita con frecuencia: “Hay dos errores iguales y opuestos en los que nuestra raza puede caer con respecto a los demonios. Uno es no creer en su existencia. El otro es creer y sentir un interés excesivo y malsano por ellos”.⁵⁵ Los cristianos de Occidente suelen pensar muy poco en la presencia de los poderes malignos, y estarían encantados de ignorarlos por completo. Sin embargo, en el resto del mundo (el mundo mayoritario), la presencia de los espíritus malignos suele formar parte de la realidad cotidiana, y la necesidad de participar en la liberación de los poseídos por el demonio puede ser muy real. En 2005, la Iglesia Adventista del Séptimo Día añadió una vigésimo octava creencia fundamental para reconocer esta realidad, afirmando que,

por su muerte en la Cruz, Jesús triunfó sobre las fuerzas del mal. Él, que durante su ministerio terrenal subyugó a los espíritus demoníacos, ha quebrantado su poder y asegurado su condenación final. La victoria de Jesús nos da la victoria sobre las fuerzas del mal que aún tratan de dominarnos, mientras caminamos con él en paz, gozo, y en la seguridad de su amor.⁵⁶

Los que tenemos poca experiencia en ayudar a los oprimidos por espíritus malignos deberíamos escuchar con atención a los que sí la tienen,⁵⁷ siendo conscientes, al mismo tiempo, de las muchas otras formas tortuosas y devastadoras en las que Satanás y sus secuaces trabajan entre nosotros (“las artimañas del diablo” [vers. 11])... y conscientes de las misericordiosas provisiones de Dios para contrarrestarlas.

¿Dónde está Jesús?

El resumen de la carta, Efesios 6:10 al 20, presenta una característica extraña. La epístola está impregnada de Cristo y repleta de frases –“en Cristo”, “con Cristo”, “por Cristo”, etc.– que celebran nuestra unión, participación, identificación e incorporación a Cristo.⁵⁸ Ninguna de estas

expresiones aparece en Efesios 6:11 al 17 cuando Pablo desarrolla su metáfora militar de la iglesia como un ejército bien equipado. ¿Significa esto que la conclusión de Pablo es defectuosa y no refleja este tema central, nuestra unidad con Cristo? No. Efesios 6:11 al 17 desarrolla la tesis general del versículo 10: “Por lo demás, hermanos míos, fortalézcanse en el Señor y en el poder de su fuerza”. Vestirse con la “armadura de Dios” de pies a cabeza es la ilustración final de Pablo de lo que significa estar “en Cristo”. “Por su unión con Cristo, los creyentes participan de su armadura y son sus compañeros de batalla”.⁵⁹ De antemano, antes de la victoria final, ¡celebran el gran triunfo venidero!